

## **Crónica mestiza del nuevo Pachakutik. Ecuador: del levantamiento de 1990 al ministerio étnico de 1996)**

*Por César Montúfar M.*

Revista *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 10 (Quito), I Semestre 1997: 157-159).

La Universidad de Maryland ha publicado *Crónica mestiza del nuevo Pachakutik* de Raúl Vallejo. Este ensayo busca reconstruir el contexto y las razones que han marcado la irrupción del movimiento indígena ecuatoriano como un actor principal en la política nacional entre 1990 y 1996. De esta forma, el texto de Vallejo actualiza un debate que no está de ninguna manera saldado en el país y que hoy más que nunca, en tanto que supuestamente estamos en vísperas de la convocatoria a una Asamblea Nacional, tiene y debe ser discutido no solo por los interesados directos en ello, los indios, sino por la sociedad ecuatoriana en su conjunto.<sup>1</sup>

En principio el texto de Vallejo contiene un punto que debe destacarse y es el intento del autor por clarificar la suya como una perspectiva mestiza sobre los acontecimientos que desea analizar. Vallejo renuncia de antemano a cualquier pretensión interpretativa totalizadora y afirma una visión parcial; la visión de un “autor” que se reconoce sesgado por una cierta posición étnica. Este de por sí constituye un aporte del ensayo hasta cierto punto inédito en el quehacer intelectual ecuatoriano. En el país, a excepción de los estudios de género, los “autores” de ciencias sociales (peor, incluso, quienes hacen opinión pública en los medios) tenemos la rigurosidad suficiente para establecer las ventajas y limitaciones que ofrece el observar la realidad desde un prisma particular.

De hecho, la interpretación de un hecho social cualquiera, no se diga el proceso vivido por el movimiento indígena ecuatoriano, no puede escapar al punto de vista del observador, el cual en ningún sentido puede arrogarse un estatus universalista. Igual acotación cabe para las interpretaciones de los mismos indios sobre su movimiento y para las realizadas por no indios o no mestizos sobre el mismo.

Este inescapable particularismo no es una debilidad, sino que, clarificado y asumido, constituye una fortaleza para el análisis. Así lo es en el texto de Vallejo, que al definirse como una “crónica mestiza” y, no solo eso, una crónica de un actor de algunos de los hechos que relata (como miembro del gobierno de Rodrigo Borja), ofrece una reconstrucción de este momento de transformación o Pachakutik que lejos de ser “veladamente interesada” decanta la visión sustentada por abundante información y colorido.

La perspectiva mestiza de Vallejo, sin embargo, propone algunos elementos que merecen mayor discusión. En primer lugar, Vallejo hace una crítica a los actores, la centro-izquierda mestiza y el movimiento indígena, por su fracaso en constituir una

alianza política que dé viabilidad a la propuesta de la plurinacionalidad. Su crítica se limita a señalar circunstancias coyunturales que posibilitaron la comunicación u obstruyeron las relaciones entre los actores, sin problematizar la lógica política del movimiento indio y en la forma en que la sociedad blanco mestiza, incluida la centro izquierda, entendió y buscó soluciones a sus demandas. De la misma reconstrucción de Vallejo, se podría sostener que la iniciativa indígena de evitar cualquier tipo de mediaciones y optar por formas de representación directa, constituía el principal obstáculo para una alianza interétnica. Y lo era porque no apuntaba más allá de lo declarativo a la constitución de un proyecto nacional sino la institucionalización de formas corporativas de relación con el Estado. Desde esta posición cualquier alianza estratégica era imposible de antemano, pues toda la negociación entre el movimiento y otros actores se agotaba en la búsqueda de prebendas, privilegios o espacios de poder específicos. Asimismo se puede decir que los actores blanco mestizos involucrados percibieron la dinámica y los alcances del movimiento también dentro de la lógica corporativa. Así, cualquier posibilidad de incluirlos en una misma propuesta, lejos de implicar la discusión sobre temas nacionales alrededor de lo pluricultural, se circunscribió a negociar condiciones y requerimientos particulares. A este nivel, entonces, Vallejo no termina de explicar la lógica del movimiento indígena en sus relaciones con el Estado y los demás actores, en las que la constitución de una alianza con otros sectores era un falso problema. En suma, no es posible pensar el tema de las alianzas con un actor que solo piensa en establecer formas de representatividad directa y no en la posibilidad de establecer, con instancias de mediación, un camino para ganar sus demandas.

Aquí habría que analizar el tema de la pluriculturalidad. De igual forma Vallejo solo toma el concepto pero no analiza su funcionalidad política dentro de la coyuntura. Siguiendo la misma reconstrucción de los hechos narrados por Vallejo, al parecer nos encontramos con que la tesis de la pluriculturalidad es utilizada por el movimiento indio más como una justificación de un régimen de tratamiento especial dentro del Estado que como la búsqueda de un proyecto nacional. Esto no necesariamente es así, pero sí merece ser problematizado más allá de lo que dicen los actores de sí mismos. De por sí, el tema de la “diferencia” entre lo indio y lo blanco mestizo en la sociedad ecuatoriana no debe ser exagerado en el sentido de plantear la existencia de dos mundos culturales irreconciliables. Eso no quiere decir que el asunto de la diversidad deba ser abolido sino problematizado, además de las percepciones y discursos políticos de los actores. En este punto, una limitación del texto de Vallejo es que no problematiza suficientemente el tema de la pluriculturalidad y que su análisis toma como dado la retórica sobre la pluriculturalidad que manejan los actores.

Un tema final hace relación al asunto del contexto que marcó el surgimiento y trayectoria del movimiento indígena ecuatoriano. Vallejo pone énfasis y recrea muy bien la coyuntura política nacional, marcada por el desprestigio de los actores políticos y emergencia de nuevos actores de la sociedad civil, en el cual fueron posibles los dos levantamientos indios, la caída de Dahik, la aparición de Manos Limpias, la candidatura presidencial de Freddy Ehlers y la irrupción del movimiento indio en la política nacional. A pesar de la importancia de todos estos sucesos internos, la influencia de actores internacionales (la ONU, ONG's, el movimiento indígena internacional) también debe ser tomada en cuenta al momento de estudiar y entender el “nuevo Pachakutik”.

Vallejo deja este aspecto de lado, y más allá de eso problematiza insuficientemente el tema de corrientes internacionales, como la globalización económica y su impacto negativo sobre lo que denomina el imaginario indígena. A este nivel, creo se abre un espacio interesante de reflexión en que la identidad y representaciones indígenas ya no pueden ser concebidas solo como resultado de una dimensión atávica e internalista, sino en función de intercambios culturales transnacionales, también conectados al tema de la globalización, y que no tienen efectos negativos sobre la constitución del movimiento, sino todo lo contrario. Es más, incluso, se podría afirmar que el actual discurso de identidad y plurinacionalidad en gran medida ha venido determinado por dichos intercambios internacionales.

---

<sup>i</sup> El texto de Vallejo se suma a otros esfuerzos realizados por otros académicos en el Ecuador que igualmente han buscado desentrañar el carácter e implicaciones que ha tenido sobre la política nacional la irrupción en la escena política de un actor que se arroga la representación de un porcentaje importante de ciudadanos de este país. Véase, por ejemplo, *El levantamiento Indígena del In Raymi de 1990*, de S. Moreno y J. Figueroa y *De campesinos a ciudadanos diferentes*, de J. León, entre otros.